

estrechan de un modo notable; pero es para iluminarse más.

El positivismo, dice el P. Félix, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma, en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de llevar á ésta, de claridad en claridad, desde su base más profunda, hasta su cumbre más elevada.

En vez de lanzarse con la imaginación en busca de las causas y esencia de los seres, el procedimiento único y universal que ha de conducir al verdadero conocimiento de los seres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar, por medio de la observación, las cosas en sí mismas, con sus fuerzas inmanentes.

Así quedarán sustituidas á las aventuras de la especulación teológica, metafísica, moral ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo aplicados á las realidades materiales.

Ya no habrá más que seis ciencias posibles: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Esta simple exposición, por sí sola, demuestra que el positivismo, en el fondo, no es más que una eliminación, y, como hace notar un profundo filó-

sofo, por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error, cuando la ultraja, la soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmación, no sirve sino para expresar la plenitud de la negación.

Para esta escuela no hay Dios, como ser trascendente, personal y superior al mundo, y como una consecuencia indeclinable la divinidad de Cristo, para los positivistas, si no es una hipótesis, es un absurdo.

Ante esta escuela, que es la que hoy domina, es ante la que debemos probar la existencia de Dios y la Divinidad del Verbo Encarnado.

Quizá podrá verse que, aun con sus mismos principios, por una contradicción frecuente en los sistemas anticristianos, es dable demostrar con toda claridad la existencia de un Ser infinito, creador de los cielos y de la tierra.

Esta demostración nos conducirá á la que establezca la divinidad de Cristo, para fundar de este modo la verdad de la Eucaristía.

El término natural, la consecuencia única de la concepción positivista, es el materialismo.

Se cree, sin embargo, por los más ilustrados representantes de la escuela positivista, que hay siempre una línea de separación entre el positivismo y el materialismo, y que la teoría positivista, si tiene débil uno que otro principio, es siempre una teoría luminosa y la última palabra de la ciencia.

Littré, á quien tanto alaban y á quien tanto admiran, no ha marcado esa línea de separación entre el positivismo científico, y el mezquino y grosero materialismo.

Para Littré, como para la generalidad de los positivistas, la idea de un ser teológico, es decir, la existencia de Dios, dice el Cardenal Zeferino González, es una hipótesis inútil: "L'idée d'un être theologique quelconque, c'est comme le disait Laplace, une hypothèse désormais inutile."

El alma humana no se distingue, para este filósofo, de las funciones morales ó intelectuales que se verifican en el cerebro (*l'ensemble des fonc-*

tions morales et intellectuelles devolues au cerveau) en otros términos, el alma es el conjunto de las facultades del sistema nervioso central: *Il faut réserver le nom d'âme à l'ensemble des facultés du système nerveux central.*

La libertad es una ilusión, y en su virtud la historia de la humanidad viene á ser un desenvolvimiento determinado por las condiciones de la naturaleza cerebral del hombre y por la manera de ser del mundo: *un développement déterminé par les conditions de la nature cérébrale de l'homme et par la manière d'être du monde.*

La constitución y origen de las sociedades, lo mismo que la constitución y origen de las religiones, la teología, las profecías, las revelaciones, lo mismo que los gobiernos, los imperios, las artes, las ciencias, todo depende y procede de las fuerzas propias del hombre, en combinación con los diferentes medios ambientes, con exclusión de toda acción divina, de toda acción sobrenatural: quien quiera que esto reconoce ó afirma, dice Littré, ha entrado en posesión de la verdad, ha realizado su emancipación mental: *quiconque accède a cette vue a planement accompli le cycle de l'emancipation mental.*

Fácilmente se advierte, por estas brevísimas transcripciones, que la distancia que separa á Littré—y es conclusión del Cardenal González—de los materialistas contemporáneos es *muy escasa* ó *nula*, más bien.

Los positivistas, materialistas en el fondo, porque allá los llevan inevitablemente los principios en que descansa su sistema, tienen, sin embargo, como cierta vergüenza de profesar el materialismo y rechazan este cargo que se les hace, con razón, sin duda.

Larousse, en su gran Diccionario, y en el artículo que consagra á Maximiliano—Paulo—Emilio Littré, se expresa de este modo: “El positivismo no niega los grandes problemas metafísicos que, en todos tiempos, han preocupado al espíritu humano: se limita á eliminarlos del dominio científico: el positivismo *no afirma, como se repite con frecuencia, el materialismo*: el positivismo, dice con Littré: “En las ciencias positivas no se conoce alguna propiedad sin materia, no porque *a priori* se tenga la idea de que no existe alguna sustancia espiritual independiente, sino porque *a posteriori* jamás se ha encontrado gravitación sin cuerpo pesado, calor sin cuerpo caliente, elec-

tricidad sin cuerpo eléctrico, afinidad sin sustancia de combinación, vida, sensibilidad y pensamiento sin un ser viviente, sensitivo y pensante.”

Aquí está hablando Littré, aquí está exponiendo todo su pensamiento.

Para él, según aparece por sus palabras, que no pueden equivocarse ni desconocerse, la sensibilidad y el pensamiento son á la materia, lo que la gravitación al cuerpo pesado, el calor al cuerpo caliente.

La sensibilidad y el pensamiento son, de consiguiente, á juicio de este sabio, fuerzas ó propiedades de la materia.

No puede, entonces, decirse que el positivismo de Littré está, por una línea de separación bien perceptible, alejado del materialismo.

Materialismo, y no otra cosa, es hacer sensible á la materia, y hacerla origen del pensamiento humano.

Materia que siente, materia que piensa.

He aquí el luminoso pensamiento de Littré.

Su simple enunciación, basta para poner de resalto el valor científico de la teoría positivista por él enseñada, con tanto aparato de ciencia y erudición.

No es menos materialista en sus teorías sobre la causa primera, sobre Dios, Creador del mundo y de todas las cosas visibles é invisibles.

Para Littré, como para su maestro Augusto Comte, la historia del desenvolvimiento del espíritu humano, presenta tres fases esenciales, que corresponden á tres fases sucesivas de la civilización:

“En el primero, que es la fase teológica, dice el mismo Littré, la explicación de las cosas se refiere á personalidades que son causa de las existencias, de los fenómenos y de los acontecimientos.”

“En el segundo, que constituye la fase metafísica, cuando la crítica ha comenzado á quebrantar las nociones espontáneas ó teológicas, una clase de entidades interviene en el sistema y elimina allá y acá, y más y más, los seres divinos, cuya acción era reconocida en cada fenómeno.”

“En la tercera, que es la fase positiva, *se renuncia á la investigación de lo absoluto*, es decir, *de las causas primeras y de las causas finales*, reconocidas ya como inaccesibles y buenas solamente para ocupar la infancia del espíritu humano, y se consagra el hombre *únicamente* á la investigación de leyes y *condiciones*.”

“Así, pues, infiere Larousse, de las transcritas palabras de Littré, la filosofía positiva renuncia á la investigación de lo absoluto, cualquiera que sea la forma que tome, ya con relación al origen de las cosas, ya con referencia á su fin y á su destino, porque ella está convencida de que toda investigación en este sentido, es inútil por completo.”

Ya se ve la enseñanza de este filósofo.

El hombre no debe buscar á Dios: no debe preocuparse de él: es inaccesible é inútil.

Lo único útil, lo único accesible, lo único propio del entendimiento humano, es contemplar la materia y sus fenómenos, sus condiciones y sus leyes.

Tan radical era Littré, sobre estas materias, que cuando Comte, su maestro venerado, en los últimos años de su vida, se refugió en las ideas místicas y quiso agregar á sus doctrinas un aparato teúrgico, se separó de él, y después de la muerte del maestro, quedó hecho jefe de la escuela positivista, que no ha seguido, como se expresa Larousse, lo que se ha llamado las desviaciones doctrinales de Comte cuando se hizo viejo.

Justo es, sin embargo, decir que este célebre

positivista murió felizmente en el seno amoroso de la Iglesia Católica.

STUART MILL.

Cuatro obras nos hacen conocer la filosofía de Stuart Mill: El Sistema de lógica, El Examen de la filosofía de Hamilton, El Utilitarismo y Augusto Comte y el positivismo.

Lo que se considera como obra maestra de Stuart Mill, en el sistema de lógica, es su teoría de la inducción.

Esta, según el filósofo inglés, es la operación que descubre y prueba proposiciones generales, ó el procedimiento por el cual concluimos, que lo que es verdadero de ciertos individuos de una clase, es verdadero de toda la clase, ó lo que es verdadero en ciertos tiempos, lo será en todos, si las circunstancias son semejantes.

¿Y cómo pasa la inducción del presente al porvenir, del hecho actual al hecho deducido?

Por la noción de causa que es la raíz oculta de toda esta teoría.

Por causa de un fenómeno, entiende Stuart Mill, el antecedente ó la reunión de antecedentes de que el fenómeno es invariable é incondicionalmente la consecuencia.

La ley de la causalidad universal, es por tanto, un hecho y no tiene más extensión que la experiencia.

La segunda de sus obras, nos da la metafísica de Stuart Mill y se muestra en ella discípulo de Berkeley y de Hume, para quienes la oposición, vulgarmente admitida, como dicen ellos, entre lo que se llama espíritu y lo que se llama cuerpo, no tiene sentido.

La conclusión del filósofo inglés, es que en el hombre no hay más que fenómenos, que se nos presentan los unos, como internos y los otros como externos, sin que pueda saberse más sobre este punto.

La materia, según él, puede definirse así: Una posibilidad permanente de sensaciones.

El espíritu puede definirse de este modo: Una serie de estados actuales de conciencia, con una base de estados posibles de conciencia.

En la tercera obra muestra Stuart Mill lo que es para él la moral.

En este punto es utilitario como Bentham, aunque establece modificaciones de cierta importancia en las teorías del jurisconsulto inglés, notablemente en lo relativo á la distinción de placeres superiores é inferiores y á la explicación de la justicia por el papel que desempeña el sentimiento natural y espontáneo de la venganza, para proteger ciertas utilidades sociales más absolutas y más imperativas, que las del individuo.

En la última obra citada admite, como Comte, la ley de los tres estados, sustituye á la causalidad la sensación y reconoce la imposibilidad de investigar las causas primeras y últimas de las cosas.

Algo se aparta, sin embargo, del jefe del positivismo francés.

Califica de incompleta la clasificación de las ciencias hecha por Comte, en la cual, debieran tener lugar por lo menos, la lógica y la psicología.

El modo positivo de pensar, dice, no es necesariamente una negación de lo sobrenatural.

Pero cuida de agregar que, en el orden existente del universo ó más bien de la parte del universo que nos es conocida, la filosofía positivista sostiene que la causa directamente determinante de cada fenómeno es *natural* y *no sobrenatural*.

Es compatible, á su juicio, con este principio, el creer que el universo ha sido creado y que aun es continuamente gobernado por una inteligencia, *con tal que se admita que esta inteligencia está sujeta á leyes fijas*, que no son modificadas ó contrariadas, sino por otras leyes de la misma naturaleza y nunca de un modo caprichoso ó providencial.

Aclara más todavía este pensamiento.

Cualquiera que contemple, dice en la obra citada, todos los acontecimientos como partes de un orden constante, siendo cada uno de ellos consecuencia invariable de una condición antecedente ó de una combinación de condiciones antecedentes, acepta plenamente el modo positivo de pensar, reconozca ó no un antecedente universal, y lo conciba ó no como una inteligencia.

Tales son en brevísima frase las notas más salientes del positivismo de Stuart Mill.

Pudiera llamarse, como dice el cardenal González, positivismo moderado, porque no entra en la esfera del materialismo explícito, ó mejor positivismo ecléctico, en atención á que entraña cierta síntesis y amalgama de ideas y direcciones pertenecientes al positivismo de Comte, con ideas

y direcciones extrañas á éste y relativamente originales.

Pero si no es explícito materialismo, á él conducen las teorías de este filósofo.

Concede tal importancia á la asociación de ideas y al estado ó modificaciones de los nervios, para explicar el origen, naturaleza y condiciones de los fenómenos psicológicos, que en ocasiones es muy difícil separar su tesis psicológica de la tesis materialista.

En realidad, agrega el cardenal González, para Stuart Mill nada existe más que la sensación, de manera que la misma persona humana viene á ser una serie de sensaciones.

En la hipótesis, dice el positivista inglés, *de que exista realmente Dios*, éste no podía ser considerado por nosotros, sino como un conjunto de series de sensaciones.

Y aun este Dios, si llegara á existir y si llegara á concebirse como una inteligencia, ha de estar sujeto á leyes invariables, ha de ser un antecedente universal que ha de tener como consecuencia ineludible la naturaleza ó el universo.

Alguien ha dicho que la concepción filosófica

de Stuart Mill, podía apellidarse un materialismo idealista.

Las definiciones que de *la materia* dejamos, transcritas, justifican el nombre.

Al materialismo, por más que no se quiera, conducen las teorías de los modernos positivistas

De ellas, sin embargo, ha de brotar la luz del espiritualismo.

Los principios de esta escuela filosófica han de dar los materiales para demostrar la existencia de un ser espiritual, eterno é infinito, personal y libre.

HERBERT SPENCER.

El movimiento provocado por la filosofía positiva de Comte, en Francia, dejose sentir no poco en Inglaterra.

Los representantes de ese movimiento en el Reino Unido, aunque pertenecen á la escuela positivista por parte del método y por cuanto admiten implícitamente sus conclusiones fundamentales, como las que se refieren á los tres estados del conocimiento, á la eliminación de las lla-

madas hipótesis metafísicas, á la incognoscibilidad de lo trascendente y de las causas primeras, se separan de Comte en algunas otras conclusiones, y principalmente en orden á la importancia de la psicología en el árbol de las ciencias.

Así se concibe que la doctrina de los filósofos ingleses, que representaban el movimiento causado en Inglaterra por el sistema filosófico de Comte, sin dejar de ser positivista en su método, en su espíritu y parcialmente en sus conclusiones, constituya, sin embargo, una escuela psicológica especial.

Tal es, al menos, la autorizada opinión del Cardenal González, que estudió tan á fondo la historia de la filosofía.

El representante más completo, y, en expresión del mismo Cardenal González, el más filosófico de esa escuela psicológica inglesa, es sin duda, Herbert Spencer.

“Es uno de los pensadores más vigorosos, dice Larousse, más originales, más atrevidos y más fecundos de la Inglaterra contemporánea.”

“Es uno de esos espíritus, como se ven en ciertas épocas, que parecen hechos para reunir y coordinar metódicamente en un sistema para el

cual se necesita crear un nombre nuevo, la masa flotante de hechos conocidos de diversos órdenes é ideas en vías de ascendencia.”

Stuart Mill, que, á decir de Larousse, tenía el derecho de ser difícil, no vaciló en considerar á Spencer en el pequeño número de los creadores y de los maestros.

La vida de Spencer está toda entera en la producción de su grande obra intitulada “Sistema de filosofía.”

El punto central de la concepción de Spencer, es la ley de la evolución, del desenvolvimiento, del progreso necesario, según que entraña la transición insensible, infinitesimal, por decirlo así, de lo simple y de lo homogéneo, á lo compuesto y lo heterogéneo.

“Spencer simplifica y generaliza al mismo tiempo esta ley, aplicándola á todas las esferas del ser y del conocer, al mundo inorgánico y al orgánico, al individuo y á la especie, á la vida y á la historia, á la sociedad, al gobierno, á la industria, al comercio, al arte y á todas las manifestaciones de la naturaleza y del pensamiento.”¹

Al lado de esta ley fundamental, y como deri-

¹ González. Historia de la Filosofía.

vaciones y aplicaciones de la misma, Spencer desenvuelve la ley de asociación de ideas y la correlación ó equivalencia de fuerzas.

“Además de estas leyes que constituyen, como se ha dicho, los principios fundamentales del sistema filosófico de Spencer, admite, como los positivistas, que nuestros conocimientos son todos relativos; que se debe rechazar toda explicación trascendente de los fenómenos sensibles; que entre la Religión y la ciencia no puede haber nada común; que lo absoluto y lo divino trascendente, están fuera del alcance de la ciencia y de sus métodos, y, lo que es más aún, que constituyen la región de lo inaccesible á la razón humana; que la evolución social está sujeta á leyes tan necesarias, como la evolución orgánica, y que la creencia en la inmortalidad del alma es una señal y un efecto de la ignorancia primitiva.”¹

La teoría teológica de Spencer, dice el Cardenal González es una teoría esencialmente negativa.

No niega la existencia de Dios, como hacen otros positivistas, y hasta concede al hombre una concepción vaga, confusa é indefinida del Ser Supremo; pero este Ser, el Absoluto, Dios, en fin, es

1 Obra citada.

perfectamente inaccesible á la razón humana, coincide y se identifica con lo Incognoscible, porque la razón no puede salir fuera de la esfera de lo relativo, y Dios, ó nó existe, ó es el Absoluto.

Para este filósofo inglés, el alma no es una sustancia distinta del cuerpo.

Entre la función más humilde y el pensamiento más alto no hay, para él, oposición de naturaleza, sino diferencia de grado, no siendo cada una de esas funciones, más que una de las innumerables manifestaciones de la vida.

La vida del cuerpo y la vida mental, son á su juicio dos especies, cuyo género es la vida propiamente dicha.

Entre los hechos fisiológicos y los psicológicos, no hay para él línea precisa de separación.

Sensaciones, sentimientos, instintos, inteligencia, todo constituye un mundo aparte, pero todo eso brota de la vida animal, en ella tiene sus raíces y es como su efflorescencia.

Si esto no es un materialismo grosero, á él conduce sin remedio.

Si para los materialistas, como Laplace, es el pensamiento una secreción del cerebro, para Spencer es una efflorescencia de la materia.

Para uno y para otro, adoptando aquél frase áspera, y escogiendo éste imagen más dulce, el pensamiento no es más que el producto de la materia.

No hay, por lo mismo, Dios para Spencer, porque está fuera de la ciencia; no hay alma humana, porque ésta, según afirma otro filósofo de esta escuela, Bain, no es más que una fase de la sustancia única, que tiene dos órdenes de propiedades.

“Las esperiencias de utilidad, organizadas y consolidadas á través de las generaciones humanas que han pasado, han producido modificaciones nerviosas correspondientes, que por transmisión y acumulación continuas, se han convertido en nosotros en ciertas facultades de intuición moral.”

La ley de la libertad, en la igualdad es, para este filósofo, la ley moral.

Cuando cada hombre úna en su corazón á un amor activo por la libertad, sentimientos activos de simpatía por sus semejantes, entonces los límites á la individualidad que subsisten hoy, trabas legales ó violencias privadas, quedarán borradas.

Utilitarismo, libertad desenfrenada, sin más

límite que la libertad ajena, he aquí el sistema moral desarrollado por el filósofo inglés.

Tales son los rasgos principales del sistema filosófico de Spencer, en lo que se relaciona con la teología, la psicología y la moral.

Eliminación de Dios, porque lo absoluto es incognoscible; eliminación del alma, como sustancia espiritual, porque el pensamiento no es más que la efflorescencia de la materia; eliminación de la diferencia eterna entre el bien y el mal, que es uno de los fundamentos de la ley moral, porque esta no es más que el ejercicio de la libertad propia que se detiene ante la libertad ajena.

Ante estos sistemas, reinantes hoy en el mundo, tiene que establecerse la Divinidad de Cristo.

Todos ellos son materialistas en el fondo: todos ellos niegan la existencia de un Ser Supremo por hipotético ó por incognoscible.

EL POSITIVISMO ANTE LA CIENCIA.

El sistema filosófico que se acaba de bosquejar, porque bosquejo es y no exposición, la brevísimas síntesis de sus principios y sus tendencias con-

signadas en los precedentes artículos, no puede sostenerse ante la ciencia, por más que en los delirios de su arrogancia, se llame á sí mismo la ciencia, y la ciencia en su manifestación más sublime, en sus más luminosas y altísimas concepciones.

No es aquí la oportunidad de hacer un estudio pormenorizado y detenido sobre el positivismo y sus apóstoles.

Ese estudio pondría de manifiesto los extravíos de esa escuela, en el orden puramente científico y los ningunos merecimientos que tiene para dar á su sistema el nombre de filosofía, en la genuina y hermosa acepción de esta palabra.

Pero no ha sido este nuestro principal propósito al escribir estos artículos.

Consagrados al estudio y contemplación del más dulce de los misterios del cristianismo, sólo de paso nos hemos detenido ante esa escuela filosófica, que es hoy la dominante, al menos en el mundo oficial, para establecer en su presencia la Divinidad de Jesucristo que ella elimina de la ciencia y de las sociedades, como se han propuesto eliminarla siempre las escuelas que la han precedido, perdidas hoy en ese abismo sin fondo que

guarda las cenizas de los errores todos y de todas las negaciones.

Debemos, no obstante, dejar establecido, que el positivismo entraña tres vicios radicales que revelan su nulidad científica: la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Los positivistas todos, desde Comte, fundador de la escuela, hasta los últimos y más sabios representantes de ese sistema, eliminan de la ciencia lo que ellos llaman hipótesis y á título de hipótesis.

Eliminan la Teología, porque ella *supone* un mundo de realidades teológicas; eliminan la Metafísica, porque ella *supone* un mundo de realidades metafísicas; eliminan la Psicología, porque ella *supone* un mundo de realidades psicológicas; eliminan la Moral, porque ella *supone* un mundo de realidades morales.

El catolicismo, á los ojos de estos grandes filósofos, está *suponiendo* siempre, lo mismo en las creencias más acreditadas, que en las convicciones más universales.

En sus libros, están hablando siempre de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma.